

Giuliano da Empoli
**LA HORA DE LOS
DEPREDADORES**



**El caos ya no es el arma de los insurgentes,
es el sello del poder**

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Giuliano da Empoli

La hora de los
depredadores

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Cuando las primeras noticias del desembarco de Hernán Cortés llegaron a la capital del Imperio azteca, Moctezuma II convocó de inmediato a sus más próximos consejeros. ¿Qué actitud había que adoptar frente a esos inesperados visitantes llegados de no se sabía dónde a bordo de curiosas ciudades flotantes?

Algunos estimaron que había que rechazar a los intrusos en el acto. No les habría costado mucho a las tropas imperiales acabar con esos centenares de imprudentes que habían osado penetrar en las tierras de la Triple Alianza sin haber sido invitados. «Sí, pero», dijeron otros. Según los primeros informes acerca de los extranjeros, estos parecían dotados de poderes sobrenaturales: estaban recubiertos enteramente de metal, contra el que rebotaban las más aceradas flechas. Cabalgaban sobre grandes bestias similares a

ciervos, que los obedecían sin rechistar. Y sobre todo, dominaban el soplo de fuego y trueno con cerbatanas que les permitían matar a cuantos se oponían a su voluntad. ¿Y si en vez de bárbaros imprudentes se trataba de dioses? ¿Y si su jefe, blanco, barbado, tocado con un casco brillante, era el dios expulsado, la serpiente de plumas Quetzalcóatl, que volvía a sus tierras?

Atenazado por opiniones tan contrarias, el emperador hizo lo que todo político hace en cualquier época y en semejante situación: decidió no decidir. Envío a los extranjeros una embajada cargada de regalos, para impresionarlos con el esplendor de su reino, pero les prohibió dirigirse hacia la capital. El resultado fue el que, en cualquier época, suele derivarse de semejante disyuntiva: al querer evitar la guerra a costa de su deshonor, Moctezuma tuvo deshonor y guerra.

En el transcurso de las tres últimas décadas, los responsables políticos de las democracias occidentales se han comportado, ante los conquistadores tecnológicos, exactamente igual que los aztecas del siglo XVI. Enfrentados al rayo y al trueno de internet,

de las redes sociales y de la IA, se han sometido, con la esperanza de que los salpicara un poco de polvo mágico.

No sabría decir el número de veces en que he tenido que asistir a esos rituales de degradación. En cualquier capital, siempre se repite la misma escena. El oligarca aterriza en su jet privado, con un humor de perros por el hecho de verse obligado a malgastar su tiempo con un jefe de tribu obsoleto, en vez de emplearlo más útilmente en un nuevo logro posthumano. Después de recibirlo a bombo y platillo en un marco dorado, el político invierte buena parte de su breve entrevista privada en suplicarle la concesión de un centro de investigación o de un laboratorio de IA, y acaba por contentarse con un selfi deprisa y corriendo.

Como en el caso de Moctezuma, su docilidad no ha bastado para garantizar la supervivencia de nuestros gobernantes: después de haber fingido respetar su autoridad mientras se encontraban en posición de inferioridad, los conquistadores fueron imponiendo progresivamente su propio imperio. Hoy en día, la hora de los depredadores ha llegado y en todas partes

las cosas evolucionan de tal manera que todo lo que deba ser regulado lo será a sangre y fuego.

Este pequeño libro es el relato de esos hechos, escrito desde el punto de vista de un escriba azteca y a su manera, mediante imágenes más que conceptos, con el objetivo de captar los estertores de un mundo que se hunde en el abismo y el frío control de otro que toma su lugar.